

**Un Moreto de leyenda.  
(El supuesto asesino de Baltasar Elisio de Medinilla)**

Abraham Madroñal  
Universidad de Ginebra/CSIC

Cuando las vidas de los escritores no se conocen, es decir en la mayoría de los casos, los lectores de estos tienen la costumbre de fantasear un poco y suponer cosas que en realidad no ocurrieron. Sin duda, se lleva la palma de este tipo de fantasías nuestro dramaturgo don Agustín Moreto (1618-69), que durante algún tiempo ostentó el sambenito de haber dado muerte al joven poeta toledano Baltasar Elisio de Medinilla (1585-1620), amigo de Lope de Vega (Madroñal, 1999; Pérez López). El simple cotejo de las fechas vitales incluidas entre paréntesis nos lleva hoy a tender una mirada burlona hacia aquellos que suponían a un Moreto, amigo de Lope y de su discípulo Baltasar Eloy (más conocido por su nombre poético «Elisio»), que por algún tipo de error habría herido de muerte a este en un duelo a espada, tras de lo cual habría abandonado el teatro, se habría ordenado sacerdote y se habría mandando enterrar en el toledano Pradillo de los Ahorcados, presa del remordimiento. Ese es el origen de la leyenda.

Pero empecemos por el principio: Baltasar Elisio de Medinilla fue un poeta amigo de Lope de Vega, que floreció entre 1605 y 1620. Hidalgo, hijo de regidores, hombre de extrema religiosidad, que forjó fama de erudito y escritor de mérito, Medinilla era el poeta toledano por excelencia y su muerte temprana y violenta contribuyó aún más a darle fama (San Román, 1920 y 1923). El hecho de que no se conociera el nombre del asesino de Medinilla y que se sugiriera por parte de sus contemporáneos que le había dado muerte “quien menos debiera” hizo correr la imaginación de los que intentaron literaturizar el asunto. La fantasía de algunos escritores, unida al desconocimiento palmario de las fechas vitales de ambos ingenios, hizo que se forjara una leyenda, según la cual Moreto mata a Medinilla en 1630, es decir, diez años después de la verdadera fecha de muerte del toledano y cuando Moreto solo tenía doce años.

Todo ello nos permite también adentrarnos en un Moreto distinto, personaje de leyendas en prosa o verso, algunas todavía vivas, aunque parezca increíble. Según otra de esas explicaciones legendarias de su vida: su madre habría sido cómica y hasta a él mismo se le hace participar del arte de la farándula. Pero la realidad es que Moreto y Medinilla no se conocieron y el único vínculo entre ellos pudo ser la amistad con Lope y, también, el medio toledano en que se desarrollaron parte de sus vidas, aunque una y otra cosa en fechas diferentes.

El hecho es que desde 1838 se pensaba por parte de algunos que don Agustín Moreto habría sido el asesino de Baltasar Elisio de Medinilla, el poeta toledano amigo de Lope de Vega y acaso también de don Luis de Góngora. Medinilla era criado del conde de Mora y había sido protegido especialmente por el arzobispo don Bernardo de

Sandoval y Rojas. La idea de la muerte del poeta a manos del dramaturgo cundió pronto en el imaginario colectivo de los toledanos de la época, que creyeron resuelto el misterio de la muerte del joven escritor de una forma no menos literaria que lo había sido su propia vida.

Y así Toledo, ciudad de leyendas por excelencia, albergaba desde entonces una más. Pero este infundio, por desgracia no fue el único que se extendió sobre la muerte del joven poeta toledano: en pleno siglo XVII, muy pocos años después de la fecha de la muerte de Medinilla, Lope y su grupo habían dejado caer (y lo habían declarado así) que la muerte de Elisio se debió en realidad a unas sátiras, escritas por el propio Fénix, pero que este trasladaba al amigo muerto, para evitar así la responsabilidad por haberlas escrito, en plena guerra contra Torres Rámila. Y de hecho, Lope mismo declara a las alturas de 1622, cuando le preguntan por unas sátiras que corrían contra Torres Rámila, “que la una dellas sabe por el juramento hecho que la hizo Baltasar Elisio de Medinilla, difunto, natural de Toledo” (Entrambasaguas, II, 57) y sigue diciendo que es por la calumnia que Rámila había lanzado de que “habían azotado a sus padres y que sus mujeres estaban en la casa publica, siendo regidores sus padres con banco de caballeros y ellas monjas en Santa Úrsula de la ciudad de Toledo” (Entrambasaguas, II, 58). Manuel Ponce, otro testigo, declara que haba “oído decir a Lope de Vega que [las sátiras] se hicieron en Toledo y que las hizo un Baltasar Elisio de Medinilla, difunto, y otros amigos suyos de Toledo que no sabe cómo se llaman, pero que tiene por cierto que el mismo Lope de Vega las hizo” (Entrambasaguas, II, 63).

Es evidente que el erudito Tomás Tamayo de Vargas, a quien también se le acusa de escribir estas sátiras, Baltasar de Medinilla y el propio Lope se reunían en Toledo en academias ocasionales y que muy probablemente el carácter polemista de Lope y el no menos contentadizo de Medinilla se pudieran unir para salir al paso de Torres Rámila, aunque las sátiras fueran obra del Fénix. Como se ve, el de Moreto no fue el único infundio que se urdió sobre la muerte del joven poeta toledano.

El caso es que la calumnia de la muerte de Medinilla a manos de Moreto durante bastante tiempo se pensó que era cierta y en el imaginario colectivo de los toledanos siguió contándose como hecho curioso, al menos hasta mediados del siglo pasado, según atestigua Gregorio Marañón a propósito de las academias toledanas en tiempos del Greco:

Medinilla [...] tuvo una muerte precoz y trágica con sus visos de romántica y esto le ha salvado del olvido. Se dijo, y se sigue diciendo en Toledo, que fue Moreto, el gran comediógrafo, su asesino. (Marañón, 22)

Todo esto un siglo después de que se extendiera el infundio. Pero será bueno que enumeremos ahora los autores que han escrito sobre la leyenda de Moreto, asesino de Medinilla, por orden cronológico:

1. Jacinto de Salas y Quiroga en la leyenda en prosa “Moreto”, publicada en el *Semanario Pintoresco Español* (1838). Es quien primero inventa el asunto de la muerte de Medinilla a manos de Moreto, quien lo confunde con don Rodrigo de Alvear, ofensor de la madre del segundo; Salas escribe una leyenda romántica sin ningún tipo de pretensión historicista, aunque se apoya en detalles históricos como el testamento de Moreto y en particular la manda de ser enterrado en el Pradillo de los Ahorcados. Sitúa la acción en Toledo, en el año 1630, y hace convivir a Lope con los dos ingenios citados.
2. Luis de Equilaz, en su drama *Alarcón* (1853),<sup>1</sup> hace actuar juntos a Medinilla, Moreto, Villaizán y Ruiz de Alarcón, y urde una intriga de amores y honras, donde Moreto mata en duelo a Medinilla, no ya por haberlo confundido con nadie, sino por un malentendido. Ahora, la acción se sitúa en Madrid, en fecha indeterminada, pero posterior al año 1630, ya que se habla del Retiro.
3. Vicente Barrantes en la leyenda en verso “La misma conciencia acusa”, incluida en sus *Baladas españolas* (1853). Aquí es un Medinilla muerto el que hace enloquecer a Moreto, su asesino, desde el propio Pradillo de los Ahorcados toledano. No tiene en cuenta la acción del asesinato, sino una especie de reivindicación de Medinilla, que quiere vengarse de alguna manera de Moreto. La acción se tiñe así de tintes sobrenaturales y macabros, por cuanto Moreto recibe un misterioso papel donde le citan en el Pradillo de los Ahorcados y un cadáver, el de Medinilla, que pende de la horca, se burla macabramente del dramaturgo con una especie de risa infernal.
4. Eduardo Saco, en la leyenda en verso “Matar a oscuras”, incluida en el *Novísimo romancero español* (1878), sigue a pie juntillas la versión de Salas y Quiroga, aunque versificada y despojada de algunos detalles (Moraleta, 115).<sup>2</sup>
5. Javier Soravilla en la leyenda en verso “La tragedia de Moreto”, publicada en la revista *Toledo* (1916). Sigue a Salas y Quiroga bastante fielmente también.
6. Fernando Aguilar Carmena en la leyenda en prosa “El Prado de los Ahorcados”, publicada igualmente en la revista *Toledo* (1926). Sigue básicamente la versión de Barrantes e introduce de su cosecha un curioso disparate cronológico que consiste en situar la acción hacia el año 1500. A su vez cuenta con un grupo de seguidores actuales en páginas de internet, que resumen su versión, como recojo en el apéndice.

De toda esta enumeración, posiblemente incompleta, destaca la relación entre el dramaturgo Luis de Equilaz y Vicente Barrantes porque publican en el mismo año sus versiones literarias de la leyenda y porque seguramente debían de tener algún tipo de relación ya que el primero prologa el libro *Baladas españolas* del segundo, donde se recoge.

---

<sup>1</sup> Representado con éxito, como dice en la portada, el 4 de mayo de 1853, a beneficio de don Manuel Osorio, pero escrito algún tiempo antes, según confiesa el autor al final del drama: “Bien merecía la pena que permaneciese inédito tanto tiempo” (Equilaz, 90).

<sup>2</sup> Moraleta se hace eco ya de la rectificación de Martín Gamero.

En virtud de todas estas manifestaciones literarias, Moreto y Medinilla también se convierten en personajes románticos, en personajes de leyenda, porque conviven en la ficción y se enfrentan, invariablemente, en el trágico final que ya sabemos. Pero las leyendas y las obras literarias que se escriben sobre este hecho no coinciden entre sí, pueden dividirse al menos en tres grupos:

1. Las que siguen la versión de Jacinto de Salas y Quiroga, según la cual Moreto habría dado muerte a Medinilla por error, al confundirlo con el ofensor de la madre del dramaturgo, don Rodrigo de Alvear.
2. Las que siguen la versión de Vicente Barrantes, que no menciona esos pormenores y simplemente presenta al poeta muerto en el Prado de los Ahorcados, citando a Moreto a que acuda allí hasta hacerle envejecer de miedo o morir.
3. Otras ficciones, como la de Luis de Eguilaz, independientes de las anteriores, que presenta también a Moreto como matador de Medinilla, pero en duelo y por un malentendido, no por confundirlo con otra persona.

Este último autor hace convivir a Moreto y Medinilla en tiempos del Conde-Duque, justo cuando Quevedo y Pérez de Montalbán se enzarzan, a propósito del *Paratodos* del segundo y la *Perinola* del primero, aunque Medinilla, como sabemos, no alcanzó a ver el reinado de Felipe IV. Pinta Eguilaz a Moreto como “el tipo perfecto de galán y caballeresco poeta de capa y espada” (Eguilaz, 90) y de hecho lo interpreta en el drama el actor Manuel Osorio, a cuyo beneficio se representa. Eguilaz conoce bien la literatura del Siglo de Oro que asoma una y otra vez a los versos de su obra, como también otros versos del propio Moreto o de Juan Ruiz de Alarcón, amicísimo del anterior en la ficción, que permite al final que la mujer que él quería se quede con su amigo Moreto renunciando a ella por razones personales, que tienen que ver con su aspecto físico. El episodio de la muerte de Medinilla lo recrea así este autor del siglo XIX:

Elvira.	¿Hay más desdichada suerte?
Isabel.	¿Hay destino más cruel?
Elvira.	Esplicad...
Alarcón.	Eliso y él...
Elvira.	¡Todo lo comprendo!
Alarcón.	¡A muerte!
Isabel.	¡Eliso!
Elvira.	¡Moreto!
Alarcón.	Sí,
	vuestro amor, mi amigo fiel...
Isabel.	Yo le mato... ¡a él!... ¡a él!...
	que lo es todo para mí!
	En este instante quizá

sucumbe uno de los dos. . .  
 ¡Ampárale, santo Dios!  
 Isabel. Vamos.  
 Elvira. Corramos.  
 Isabel. ¡Ah!  
 Alarcón. Elvira. ¡Ah!

*(Moreto aparece en la puerta de la derecha con el rostro desencajado; y pasea una mirada por la escena hasta fijarla en Alarcón. Entonces se precipita hacia él y dice «le he muerto» con acento ahogado de terror y desesperación. Elvira y Alarcón quedan inmóviles: Isabel cae en un sillón.)*

## ESCENA XII.

Elvira, Isabel, Alarcón, Moreto.

Moreto. ¡Le he muerto!  
 Alarcón. ¡Amigo!  
 Elvira. ¡Gran Dios!  
 Moreto. Sí, ¡le he muerto!... ¡Y no verá...  
 mañana el sol que saldrá  
 de nuevos goces en pos!  
 Alarcón. ¡Moreto, Moreto!  
 Moreto. Asombra  
 el «ay» que en mi oído zumba...  
 Alarcón... hasta la tumba  
 me ha de perseguir su sombra.  
 Alarcón. ¡Tan gallardo! ¡tan apuesto!  
 Ayer tan lleno de brío...  
 y hoy... hoy... nada... polvo frío.  
 ¡Maldito honor, que haces esto!  
 Elvira. ¡Gran Dios! ¡qué horrible quebranto!  
 ¡Isabel!  
 Isabel. ¡Triste de mí!  
 ¡Oh, le perdí! ¡Le perdí...  
 a él que me amaba tanto!  
 Moreto. ¡Me mata el verla sufrir!  
 Alarcón. ¡Ánimo!  
 Moreto. He muerto a los dos.  
 Isabel. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Huid por Dios!  
 ¡Huid! El rey va a venir.  
 Le he escrito, y aquí vendrá.

Le digo que con Moreto  
 tramas su infamia en secreto...  
 Tiene celos... os verá,  
 y... estáis en un precipicio...  
 a las cuatro y media... sí.  
 ¡No me oyen! ¡Triste de mí!  
 ¡Piensan que he perdido el juicio!  
 Presto en esa puerta... ¡oíd!  
 Alarcón. ¡Perdidos los dos!... no hay medio...  
 Elvira. ¡Sin remedio!  
 Moreto. ¡Sin remedio!  
 ¡Qué idea!  
 Elvira. Isabel. Alarcón. ¡Decid, decid!  
 Moreto. ¿Quién llevó el billete?  
 Isabel. Eliso.  
 Moreto. ¡Nos salvamos! Ved «Al rey.» (*Mostrando un pliego.*)  
 Elvira. Isabel. Alarcón. ¡Ah!  
 Isabel. ¡Dios! Yo acato tu ley.  
 Cumplir mi maldad no quiso.  
 Moreto. Al espirar me mandó  
 quemarle. (¡Recuerdo fiero!)  
 Isabel. ¡Tan noble, tan caballero!  
 ¡Ni aun por mí al honor faltó!  
 ¡Perdón! ¡Perdonadme, Elvira!,  
 Tú, cuya honra destrocé,  
 vos cuya ilusión sequé (*A Moreto*)  
 con una torpe mentira. (Eguilaz, 85-87)

Es evidente que el dramaturgo del siglo XIX ha leído la leyenda de Salas y Quiroga, pero no la sigue, sino que utiliza a sus personajes, Moreto y Medinilla, haciéndolos actuar en otro lugar y otro tiempo: el Madrid del Buen Retiro, posterior por tanto a 1630, participando de una élite intelectual en que también aparecen de cuando en cuando los nombres de Quevedo, Góngora o Lope de Vega (aludidos) y Juan Fernández, Guevara y Juan Ruiz de Alarcón. Es decir, no tiene la menor noticia histórica del tiempo vital en que le tocó vivir a Medinilla y que podría haber averiguado, si hubiese leído atentamente algunos poemas dedicados a su temprana muerte, como por ejemplo los versos elegíacos que le dedicó Antonio López de Vega en su *Lírica poesía* (1620).

Sin embargo, ya lo hemos dicho, la investigación rigurosa de algunos estudiosos del siglo XIX desmontó pronto esta leyenda de Moreto asesino de Medinilla. Aparte de los eruditos toledanos que mencionaré inmediatamente, don Aureliano Fernández Guerra en el tomo 39 de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, el

dedicado precisamente a las comedias de Moreto (1856), publicaba la carta del toledanista amigo Joaquín Manuel de Alba, donde se desmentía ya tal infamia, porque recogía la investigación de Antonio Martín Gamero, abogado toledano que encontró los documentos relativos al verdadero asesino de Medinilla. Por otra parte, Fernández Guerra daba además con la fecha real del nacimiento del poeta dramático (1618), lo que hacía imposible que hubiera causado la muerte del joven poeta en 1620.

Por su parte, Martín Gamero publicaba en su obra *Los cigarrales de Toledo* (1857, 168) el dato del nombre del matador de Elisio, que no fue otro que don Jerónimo de Andrada y Rivadeneira, señor de Olías, que era vecino y estaba algo emparentado con el joven poeta toledano, pues tenía relación familiar con el padrino de Medinilla, también de la familia Andrada. Se entendía ahora perfectamente por qué se dijo en su tiempo que le había matado “quien menos debiera”, como señalaba Tamayo de Vargas. Martín Gamero deshace la leyenda del Moreto asesino de Medinilla, como muestra el siguiente texto:

**Parapetado, sin embargo, en este silencio que guardaron los contemporáneos de Medinilla sobre su desgracia, un literato de nuestros días urdió un cuento ingenioso en el cual arroja la mancha de asesino á la venerable frente de Don Agustín Moreto y Cavana, regocijo de nuestras musas, que concluyó su vida en Toledo el 28 de octubre de 1669, prestando servicios de relevante caridad á los pobres acogidos en el hospital del Refugio, organizado con los elementos de una antigua institución religiosa por el cardenal Moscoso. Y como la calumnia se ha extendido ya mucho, nosotros que tenemos la satisfacción de haberla descubierto, presentaremos aquí los fundamentos de ella con las razones de contradicción que se le pueden oponer.**

Y escribe en qué presupuestos se apoya la leyenda inventada por Salas y Quiroga, aunque sin nombrarlo:

**Moretó, dícese, se mandó enterrar en el *pradillo de los ahorcados*; luego algún crimen tenía que espiar: y cuál pudo ser este? la muerte violenta dada á Medinilla... Tenemos ya el cimiento de la fábula: adornémosla ahora, llevandó á pasear por la Vega con Lope á aquellos dos ingenios: finjamos un desconocido que llega y avisa al autor de *El Lindo Don Diego*, de que en la ciudad estaba su enemigo: hagámosle despues retirarse cautelosamente y rondar la calle Nueva donde este se hospedaba, embozado sobre los ojos y armado hasta los dientes; y luego... luego supongamos atravesado por equivocacion el pecho del infortunado Baltasar, y á Moretó arrepentido dejar la máscara de Talsa, huir del trato de la gente de *la farándula*, y hecho sacerdote arrastrar una vida de remordimientos, y destinar su cuerpo en muerte á la morada de los ajusticiados, para purgar su delito..... No es verdad que todo esto reunido, con cuatro toques de claro-oscuro, compondría un cuadro bellissimo? Pues este cuadro nos trazó el escritor á que hemos aludido arriba, en un artículo literario que insertó el *Semanario Pintoresco* de 1838.**

Después de Martín Gamero otros estudiosos, como el padre Gerardo de San Juan la Cruz, describen con la documentación encontrada por ellos cómo el 30 de agosto de 1620 don Jerónimo, que había sido desposeído de su mayorazgo en favor de una hermana suya, entró en su casa a altas horas y con la espada desenvainada intentando vengarse de su propia hermana por ese hecho, y fue Medinilla, de visita en aquella casa amiga, el que se interpuso y recibió la estocada mortal. Don Jerónimo, parece que acompañado por su propio padre, quizá cómplice en el asesinato, huyó y el primero se refugió en un edificio religioso, de donde fue sacado a la fuerza por el corregidor de Toledo. Don Jerónimo, entre cárceles y fugas, se pasó nueve años, hasta que alcanzó el perdón de las dos hermanas monjas de Baltasar, a cambio de constituir una memoria religiosa en su recuerdo en 1629 y de desterrarse cuatro años de Toledo. Moriría en 1631, después de sufrir nueve años de arrestos y persecuciones (San Juan de la Cruz, 11).

Siempre he sospechado que esta muerte tan sonada y violenta en Toledo hizo que algunos autores la aprovecharan para sus propias obras de ficción como un suceso que les ocurrió a ellos mismos. Es el caso del también toledano Diego Duque de Estrada, que utiliza, según mi opinión, el asesinato de Medinilla (aunque sin decirlo) para construir una acción en que se ve implicado él mismo. Refiere así este soldado aventurero que después fue fraile una muerte violenta en la que participa:

Eran tantas las amistades que dejaba que, por prisa que me di a partirme, no pude llegar a Toledo hasta la una de la noche; y pareciéndome era hora desacomodada para mi casa, pues sería inquietar a mis padres, hermanos y criados, determiné de irme en casa de Don Rodrigo de Velasco, íntimo amigo mío, el cual admiró y se alegró de mi venida. Acostámonos, y fueron tantas mis inquietudes que no pude reposar, y levantándome para mudar una camisa, que aún no estaba la luz apagada, abrí una valija a donde el demonio me puso en la mano una llave de la puerta falsa de un jardinillo por donde yo solía entrar y salir las noches en mi juventud. No tuve quien me fuese a la mano, porque los criados quedaban atrás con la ropa; sólo un mozo llamado Toribio Pérez, que se crió conmigo, y ése le dejé allí. Era mi intento entrar y ver sí el cuarto de mi hermana y esposa estaba abierto y pasar la noche en conversación con ella y por la mañana hacer la entrada solemne y mucha burla de mis hermanos; pero entre gusto llevaba sobresaltos de muerte y poco gusto del ya determinado. Quise volverme atrás; pero pareciéndome que eran impulsos de cobardía de lo que me podía suceder en el camino, reprendí mis accidentes insólitos, tan ajenos de mi natural valor, y resolví la empresa. Llegué a mi casa, vi puertas y ventanas, como se acostumbra, cerradas a tales horas, y parece que ponía siempre los pies sobre lana. Estaba frío y perplejo y, reprendiéndome a mí mismo, cerré los ojos a los presagios de estos accidentes y volví la calle para abrir la puerta falsa del jardinillo, que está a las espaldas en una callejuela, antes de la cual están tres ventanas de hierro: una de la cantina, otra de la cocina y otra es un balcón alto. [...]

Y digo que sin aprovecharme de la llave ni ver el daño que me pudiera hacer el que arriba estaba, y aun sin saber lo que me hacía, llevado de mi celosa furia, subí por las rejas y escala y me puse en la sala de aquel cuarto, a cuyo rumor, aunque pequeño, por llegar el balcón sólo a la cintura, desembarazo espada y broquel. El que dentro estaba, viniéndose para mí no con poco ánimo, pues desembrazó tres o cuatro terribles cuchilladas, hallome cubierto con daga y capa él, y yo reparé en su broquel a dos furiosas estocadas, y sin perderme de ánimo o de cólera (que es la que muchas veces quita vista y quita la vida), acordándome de mi juego, cerré con él con espada y daga tan furiosamente que, desbaratándole de su postura, le hice dar dos pies atrás, y por en medio de la espada y broquel le herí el pecho con la daga, jarretándole al salir las piernas. Reñíamos los dos a la muda: uno, porque él callaba por no ser conocido y yo por naturaleza; y lo otro, porque no fue más de una entrada y una salida, y ésa con poco rumor, hasta que, cayendo, dijo: “Muerto soy”. Y yo respondí: “Eso pretendo”. A que respondió: “¡Ay, amigo!, tente, que matas a tu querido don Juan”; respondiéndole yo: “Mientes, que quien fuera mi amigo no me hiciera traición”. Dándole otras dos estocadas, y él diciendo: “¡Jesús!, que no te la he hecho”, expiró. Y yo, diciéndole: “¿Por qué la intentaste?”, le dejé, sacudiendo dos coces a la puerta de mi hermana o mujer, la cual hallé en la cama, o dormida o desmayada, basta que no

despertó y no volvió del desmayo muchas puñaladas. Y porque no se excusa aquí el parentesco, siendo necesario al caso, digo que era el muerto don Juan Zapata de Vargas, del hábito de San Juan, hermoso, galán, rico y de mi edad, amigo mío tan del alma, que nos criamos juntos; y si no le he traído a la memoria en algunos casos, es por no atormentar la mía tantas veces y porque una traición borra lo pasado, presente y futuro. Llévele muchas veces a mi casa, que parecía hijo de ella; pero pagó con la vida el querer ser dueño indirectamente, pues era caballero de Malta, como dicho es, e incapaz de poderse casar. No se sospechó jamás por acciones y billetes o terceras el amor de este caballero, ni ha habido más indicios que el hallarle yo dentro: sólo que aquella noche se huyó una doncella de labor, hermosa y moza, que unos juzgaron ser la dama; yo, con otros, la tercera (Duque de Estrada, 100-03).

Parece evidente que tal muerte violenta de un joven noble, amigo y medio pariente para más señas de su asesino, se inspira en la muerte de Medinilla, de manera que don Diego Duque de Estrada, muy pocos años después de la muerte del poeta aprovecha esta para forjar su propia leyenda.<sup>3</sup> Como al asesino de Medinilla, también le persigue la justicia. Don Diego había nacido en Toledo en 1589, luego tenía treinta y un años cuando asesinan a Baltasar Elisio, y algunos estudiosos han señalado que se parece a aquel asesino de Medinilla, don Jerónimo de Andrada y Rivadeneira; yo sostengo aquí que lo que ocurre es que se inspira en la persona y la acción de la muerte del joven poeta para inventarse una biografía falsa, de la misma manera que fantasea con todos los acontecimientos que dice haber vivido en Toledo, como por ejemplo su asistencia a la Academia de Fuensalida (Madroñal, en curso).

Confróntese con el relato que hace de la muerte real del poeta Medinilla una pobre monja carmelita, la madre Juana de Jesús María, que escribe a la madre Beatriz de Jesús en el mismo año de 1620 desde su convento vecino a la casa donde mataron a Medinilla, es decir, la de don Martín Andrada, que:

El domingo en la noche, en casa de don Martín, nuestro vecino, después de otras muchas en que estaban metidos padre e hijo, de que les habían achacado dos muertes y entrambos andaban retraídos fuera de casa un año ha casi, el don Jerónimo ya se acordará vuestra reverencia el odio que tiene con su hermana por haberla dado a ella el mayorezgo [*sic*]: es de manera que hace grandes diligencias por matarla y con este fin entra por los tejados a deshora y por la puerta lo mismo. Ora el domingo fue con este fin al anochecer, y halló allá un gran amigo que tenía, todos en un corredor. Fue a buscar a la doña Inés, su hermana, y la madre asiose de él, porque traía la espada desenvainada debajo de la capa. El amigo empezó a ponerle en razón para detenerle y sin más mirar, métele la espada por el cuerpo y déjale allí. Era un hidalgo muy bienquisto y gran poeta, que para la fiesta de Nuestra Madre Santa hizo muchas cosas, llamábase Medinilla

---

<sup>3</sup> Su obra se supone terminada hacia 1646, como fecha *ad quem*, pero parece que se escribió en diversos momentos de la vida del autor.

[...]. Está todo Toledo alborotado y las pobres señoras como se puede entender [...]. Al muchacho no le han prendido hasta ahora. (San Juan de la Cruz, 12)

Coincide, como se ve, con la relación de Duque de Estrada el carácter del caballero muerto, la amistad con su asesino y hasta el modo de darle muerte. Pero todos estos hechos se tergiversan interesadamente, como hemos visto arriba, no solo por los que no conocieron o conocieron poco al poeta, también por sus amigos. Y si esto sucede solo una veintena de años después de los hechos, no es de extrañar que escritores más alejados en el tiempo pudieran fabular más todavía sobre la muerte de Medinilla y acusar a Moreto de ella. Pero los estudiosos se hicieron eco pronto de los datos aportados por Martín Gamero y Fernández Guerra entre otros y exculparon al dramaturgo de todo este asunto y de otros infundios que se habían extendido sobre su persona. Para resumirlo, recogen Manuel Revilla y Pedro Alcántara García:

El nuevo género de vida que emprendió Moreto al abandonar la carrera dramática y entregarse solamente a las obras de caridad y a las cosas del cielo, y la circunstancia de dejar dispuesto en su testamento que se le diese sepultura en el *Pradillo de los ahorcados* (cláusula que no llegó a cumplirse, pues fue enterrado en la capilla de la Escuela de Cristo, de la parroquia de San Juan Bautista), ha dado margen a que algunos conjeturen que Moreto fue el asesino del joven y malogrado poeta Baltasar Elisio de Medinilla, tan querido de Lope, siendo así que dicho poeta murió a manos del señor de Olías, D. Jerónimo de Andrada y Rivadeneyra, en 1620, es decir, cuando apenas contaba dos años de edad nuestro Moreto. No menos equivocados que los que a éste imputaron semejante muerte, están los biógrafos que suponen que Moreto y su madre profesaron el arte de la *careta* y la *farándula*, y que el primero fue soldado, estuvo peleando en Flandes y disfrutó del favor del marqués de Denia y del Duque de Uceda: semejantes noticias se hallan hoy desmentidas; y si algún viso de fundamento tienen estas últimas será con referencia al padre de nuestro poeta. (Revilla-Alcántara García, 270)

Lo cual, como sabemos, no ha sido obstáculo para que siguiera creyendo la leyenda buen número de personas hasta nuestros días. Y es que los autores literarios, con el paso del tiempo, también se habían convertido en personajes de obras de otros autores literarios, y esos personajes no tenían por qué coincidir con las personas con las que compartían el nombre. Quede aquí esta anécdota en la biografía de Moreto, un Moreto de leyenda, enamorado, espadachín y sujeto a los vaivenes de la honra, como cualquiera de los personajes que aparecían en sus comedias.

## APÉNDICE TEXTUAL

1. Jacinto de Salas y Quiroga: “Moreto” (*Semanario Pintoresco Español*, nº 117, 24 de junio de 1838, pp. 610-12)

Tres hombres de aspecto risueño y pulido traje paseaban una tarde del mes de agosto de 1630 por la espaciosa Vega de Toledo, cuyo nombre conserva todavía el famoso Cristo que como testigo sirvió a una mujer abandonada de su perjurio amante. El más anciano iba en medio, adornado con la insignia de la orden religiosa de San Juan, y los cabellos blancos que se rozaban con el cuello de sarga de sus hábitos sacerdotales. Llevaba en la mano un papel que contenía algunos versos, con cuya lectura excitaba la risa de sus alegres compañeros. Eran epigramas del célebre y desgraciado conde de Villamediana, hijo del sabio y esforzado conde de Oñate, dichos agudos de aquel joven que recibió sin duda alguna la muerte, no por amar a una reina, sino por tener trato con la querida del rey. Estos epigramas eran asestados contra el duque de Lerma, el conde de Olivares y otros magnates de la época, y si bien su lectura arrancaba exclamaciones de los tres paseantes, ninguno había dado señales de indignación. Pero, al llegar a uno, detúvose el que leía y prorrumpió en amargas quejas contra el joven conde. Decía así el epigrama:

“Cuando el marqués de Malpica,  
caballero de la llave,  
con su silencio replica,  
dice todo cuanto sabe.”

—¡Voto va!... exclamó el anciano, el mozalbete se desmanda.

—Vos, don Lope de la Vega Carpio, dijo uno de los acompañadores, que era el poeta Baltasar Elisio de Medinilla, no sois voto en este asunto. Sino hubierais sido secretario y amigo del marques, pudierais hablar de él. En vuestro estado, pareceréis injusto si decís en contra, y buen servidor solo si lo defendéis. Nuestro compañero, don Agustín Moreto, que a vuestra derecha va, puede informarnos de lo que en la materia vaya, porque como hombre de corte imparcial sabe y puede hablar.

—Yo, dijo Moreto, no sé si tiene razón o no la tiene Villamediana, pero sé que solo los versos son suyos de sus epigramas, porque los pensamientos suelen ser populares antes que él los encajone en su no muy sonoro metro.

—Ingenioso andáis, don Agustín, dijo Lope, pero a fe que si os leo lo que dice de nuestro venerable protector, el señor cardenal don Baltasar Moscoso, por mi vida que os haga variar de parecer.

—No hagáis tal, que de su eminencia nos veda hablar este traje que vestimos; porque habéis de saber que se compone de sotana estrecha para decírnos que así

debemos de tratarnos a nosotros mismos, y de capa ancha para advertirnos que es deber cubrir las faltas ajenas.

—Gústame la explicación, replicó Lope, y quisiera que la hubierais tenido presente cuando os pidió vuestro parecer acerca de mi señor el marqués de Malpica, el taimado don Baltasar.

Pidió este perdón a sus compañeros por el mal rato que a entrambos había dado involuntariamente, y continuaron los tres ingenios su agradable paseo. Departiendo iban de comedias y poesías, recordando hermosos versos de Lope, o agudos conceptos de Moreto, cuando acertó a pasar una cuadrilla de pillos que deteniéndose delante de los literatos, en altisonantes frases y alambicados razonamientos, les pidieron una limosna. Los paseantes no llevaban dinero menudo, y les contestaron la frase vulgar: «Dios los socorra, hermanos.» No hubo de satisfacer esta respuesta, porque un mozo que parecía jefe de la cuadrilla se adelantó con desenvoltura y dijo:

—Mis reverendos señores, nosotros tenemos hambre y andamos medio desnudos; si sus mercedes no nos socorren, vamos a asaltar esta capilla inmediata en donde nada dejaremos ni siquiera los tapices, si los hay, porque como dice muy bien don Agustín Moreto, en su comedia titulada *La misma conciencia acusa*, “no es justo / que estén los hombres desnudos / y las paredes vestidas”.

Al oír tan terribles amenazas, rebuscaron bien los literatos en sus bolsillos, y cada uno sacó una moneda de oro. Lope alargó la suya el primero, y preparábase sus compañeros a recoger la suya, cuando el que llevaba la voz entre aquella chusma, dijo a Moreto:

—No guarde vuesa merced esa monedilla, si quiere saber un secreto que le importa más que tan mínima porción de oro.

—¡Un secreto!, exclamó Moreto.

—Un secreto y de importancia. Apartaos de tan honrada compañía, y oíd.

Hízolo así en efecto Moreto, y el mozo le dijo al oído:

— Sabed, señor mío, que don Rodrigo de Alvear ha llegado hoy a Toledo. Si lo queréis ver, tened entendido que no dejará de ir esta tarde, según su antigua costumbre, a casa del Arcediano de Madrid que vive en la calle Nueva, frente a la primer luz de la derecha. Se acostumbra a retirar después del toque de ánimas. Suele ir cubierto de una capa parda, y lleva un bastón en una mano y una espada en la otra.

El joven tomó con precipitación el escudo que pensativo tenía todavía Moreto en su mano, y se retiró con los suyos. Lope de Vega y Medinilla quedaron asombrados al ver a su amigo tan cabizbajo, y admiráronse de que alguna truhanería de pillo pudiera influir tanto en un hombre superior. Trataron por mil medios de distraerle pero todo fue en vano, sin que nada bastase a hacerle revelar el motivo de la distracción. Por fin, se despidió de ellos antes de la hora acostumbrada, dejando a sus compañeros de paseo tan absortos como afligidos.

## II.

Sentado estaba delante de una mesa en su gabinete don Agustín Moreto, buscando entre sus papeles uno que hartamente debía interesarle para tener tan grande ahínco en hallarlo. Por fin dio con él, y después de haberse enjugado las lágrimas que por sus párpados corrían, y haber llevado el precioso papel a sus labios, lo leyó con los ojos del alma, al propio tiempo que con los del rostro. Era una carta de su amorosa madre, la cual tenía la fecha bastante atrasada, y decía así:

«Hijo de mis entrañas, muchas veces me has preguntado, viéndome afligida, la causa de mis pesares, y siempre me he negado a contártela. Cuando notastes que tenían por causa inmediata algunos desvíos y reconvenciones de tu padre, suspendiose tu ánimo y lanzose sin duda alguna en un piélago de conjeturas que a milagro tendrían no fuesen en contra de mi honra. Entonces fue cuando quise tranquilizarte y conservar tu estimación, que tengo en tanto como tu cariño, lo cual solo podía alcanzar contándote francamente la causa de mis angustias. Te ofrecí hacerlo así, y hoy que me lo recuerdas, te voy a complacer.

Siendo aun muy niña, huérfana y desvalida, me agregué, como no ignoras, a una compañía de comediantes, en donde, a trueque de malos tratos, y sirviendo de objeto de risa público siempre descontentadizo, me daban el necesario sustento y cubrían mis desnudas carnes. Fui creciendo, y paso a paso ganando más consideraciones, hasta que llegué a ser dama, cuyo significado en nuestra profesión conoces. Alcancé bastante crédito, y yo era, según opinión general, el alma de la comparsa. Un día que tranquila estaba yo estudiando el papel que me tocaba aquella noche representar, vi entrar en mi aposento a un joven muy gallardo cuyos negros ojos clavó en mí. Confieso que me turbó tan noble fisonomía, y no acerté a preguntarle el objeto de su visita. Díjomelo, no obstante en breve, y no era otro que el de rogarme le sirviese de medianera en la pretensión que hacía de formar parte de nuestra compañía, como galán que era y a mí me pareció. Llamábase Rodrigo de Alvear.

Le serví en cuanto pude y en breve quedó admitido. No tardé mucho en conocer que era yo el objeto de sus atenciones, y fue tal la ternura con que me trató que si no me enamoré de él, al menos lo veía con gusto. Una noche representamos una comedia en la cual debía yo darle una sortija como prenda de eterno amor. Hícelo, en efecto, dándole mi más preciada sortija en cuyo brazo grabado estaba mi nombre. Terminada la función, fue a mi cuarto, se echó a mis pies que bañó con sus lágrimas, y me rogó por con amor entrañable que me tenía, le dejase conservar por los días de su vida aquella sortija que en extraño nombre la había dado. Fueron tales sus súplicas, sus ruegos, sus lágrimas, que no pude menos de ceder y le dejé la prenda que tanto anhelaba. Pasaron días y semanas; vano él con el favor que le había yo otorgado y otras ligeras preferencias con que le había distinguido, quiso abusar de mi abandono, a tal punto que me vi precisada a cerrarle las puertas de mi casa y las de mi afecto. Juró él entonces vengarse y lo ejecutó.

Un año después de este suceso, estando Rodrigo de Alvear en Valencia, conocí al que después fue tu padre y mi esposo. Quísome bien, pagué su amor con el mío y en breve nos unió para siempre el matrimonio. Fuimos muy felices durante años, ínterin mi marido ni sentía celos de lo pasado ni los tenía del porvenir; pero Rodrigo vino a turbar nuestra paz, porque hizo alarde de la sortija que sus lágrimas le granjearon, y aun de alguna breve carta mía, cuyas palabras interpretaba explicaba él a su antojo.

Nada más te digo, y sé que tú conoces el carácter celoso y sombrío de tu padre, adivinarás fácilmente cuántos sinsabores he pasado; pero el mayor de todos ha sido, hijo mío, el que tú hayas advertido el desvío de tu padre, nacido no de la liviandad; sino de la flaqueza mía»

Moreto era impetuoso, y estaba entonces en la fuerza de su edad. Amaba a su madre con delirio, y por ahorrarle un minuto de dolor, diera todos los instantes de tu vida. Su carácter caballeresco le impelía a la venganza, y su corazón de hijo a arriesgar la existencia por la paz de su madre amada. No bien hubo acabado la lectura de la carta anterior, cuando enjugando las preciosas lágrimas que por su rostro se deslizaban, empuñó su espada, miró su agudo filo, y cubriéndose con una larga y oscura capa, salió de su casa. Dirigióse a la calle Nueva a punto que las campanas de la ciudad tocaban a las ánimas, y ocultándose en un sitio retirado donde no pudiese alcanzarle la claridad de algunas luces de devoción que por la calle había, esperó a don Rodrigo de Alvear, que según la noticia que conservaba del Cristo de la Vega, no debía tardar en salir de casa del Arcediano. Su corazón estaba preñado de cólera y sus ojos no ansiaban más que ver correr la sangre del infame que había causado la infelicidad de una familia, abusando de una harto disculpable debilidad de mujer.

Media hora haría apenas que Moreto estaba en situación triste, cuando vio salir de casa del Arcediano un hombre cubierto de una capa parda. No dudó que fuese aquel don Rodrigo, pero acercose más a él y advirtió que llevaba bastón y espada. Cerciorarse de esta última circunstancia y abalanzarse a él, fue todo uno. El desconocido se defendió bizarramente, pero don Agustín Moreto iba a vengar un ultraje hecho a su madre, y parecía invencible. Por fin, después de una terrible refriega, cayó el contrario bañado en su sangre, y cuando Moreto iba a arrancarle de la mano la sortija que suponía encontrar, notó que la ronda entraba en aquella calle y se largó con precipitados pasos. Dirigióse a su casa, en donde encontró a Lope de Vega, que lo esperaba para hacerle una pregunta literaria. Iba tan turbado que sin reparar en amigo se arrojó en un sillón donde permaneció largo rato sin decir palabra ni oír las preguntas reiteradas y amistosas de Lope.

Pocos minutos habían pasado así, cuando un amigo íntimo de Moreto entró precipitadamente en casa de este y dijo que acababa de encontrarse muerto en la calle Nueva a Baltasar Elisio de Medinilla.

—¿A quién? exclamó fuera de sí Moreto.

—A Baltasar Elisio de Medinilla.

—¡Dios mío!.... dijo Moreto, y cayó desmayado.

Lope de Vega entonces le quitó el embozo de la capa, y vio con dolor y asombro una espada teñida en sangre...

Por este hecho se presume que don Agustín Moreto dejó encargado en su testamento enterrasen su cadáver en el Pradillo de los Ahorcados; sin embargo, sus disposiciones últimas no se ejecutaron, y de orden de su hermano don Julián y del licenciado don Francisco Carrasco Marín, sus albaceas, fue enterrado en la bóveda de San Juan Bautista de Toledo, hoy escuela de Cristo. Murió en 1669, siendo desde 1657 rector del Refugio, al lado de cuyo establecimiento está en pie todavía la casa en que moró, y que mandó construir para él su protector el cardenal Moscoso.

El retrato de don Agustín Moreto que al frente de este artículo se estampa, pude asegurarse que es el primero que de este célebre poeta ve la luz pública. Es copia del único que existe, consérvalo, como objeto muy precioso y digno de serlo a todos títulos, un caballero muy distinguido de Toledo.

Es de esperar que el tiempo dé conocer hechos interesantísimos de este ilustre poeta. O mucho nos equivocamos, o su vida está enlazada, a infinitos sucesos políticos del siglo XVII.

## 2. EL PRADO DE LOS AHORCADOS (*Sobre relato de Fernando Aguilar Carmena*)

Habían pasado unos pocos años, cuando lo narrado anteriormente ya había caído en el olvido. Agustín Moreto, a quien la justicia nunca pudo acusar del asesinato de su amigo Baltasar Medinilla, paseaba por la plaza de Zocodover junto a otros hidalgos. Ya no era el jovenzuelo que años atrás paseaba bromeando con sus amigos, y su porte actual mostraba mayor madurez y galantería.

Comenzó el cielo a cubrirse de grises nubes y a caer tímidas gotas de lluvia, haciendo que todos los paseantes se retiraran a ponerse bajo cubierto. Se disponía a hacer lo mismo don Agustín cuando un mendigo embozado en su mísera capa salió de los soportales del Arco de la Sangre, poniendo en manos del caballero una nota plegada, y sin mediar palabra desapareció precipitadamente por el mismo lugar que había venido.

Nuestro galán caballero no dio gran importancia al asunto, pero la lógica curiosidad hizo que se apresurara a abrir aquella nota que le había sido entregada de misteriosa manera. Una vez abierta pudo leer:

*“Si tenéis valor suficiente acudid esta medianoche al Prado de los Ahorcados”.*

Quedó pensativo don Agustín al leer estas escuetas palabras creyéndose objeto de alguna burla, pero como no le faltaba valor decidió acudir a aquella cita tan misteriosa.

Y así lo hizo. Estaba cerca la hora indicada y el caballero, embozado en su capa, y empuñando con firmeza su espada, bajaba por la cuesta del Carmen, que desemboca directamente en el Prado de los Ahorcados.

Llegó enseguida a él, y mirando a su alrededor pudo comprobar que allí no había nadie.

–Qué extraño... –murmuró–. Tal vez todavía no sea la hora.

En ese momento, como si el destino leyera la mente del caballero, doce campanadas indicaron que ya era medianoche.

–Está claro –se dijo don Agustín a sí mismo–, que he sido objeto de burla. Lo mejor será que vuelva a casa.

Ya se disponía el poeta a emprender el camino de regreso cuando algo le hizo detenerse. Mirando a la horca vio que de ella colgaba un cadáver. Tal circunstancia disgustó sobremanera al caballero, pero se sentía incapaz de apartar sus ojos del cuerpo rígido del muerto.

Moreto, que era cristiano devoto, consideró que aquello era una alucinación causada por Satanás, pero por si no lo era descubrió su cabeza y comenzó a rezar una oración por el alma del ahorcado. Cuando terminó la oración levantó su mirada, que había puesto respetuosamente en tierra, y ve con estupor que el muerto comienza a moverse y extiende su brazo señalándole con el dedo.

Un escalofrío recorre el cuerpo del poeta, gotas de sudor frío brotan de su frente y se siente incapaz de apartar la vista del muerto, que no deja de señalarle retorciéndose.

Entonces vinieron a su mente recuerdos de hechos lejanos y ya casi olvidados. Recuerda que en el mismo sitio donde se encuentra en estos momentos dio muerte por una lamentable imprudencia a su amigo y también poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

El mendigo que le entregó la nota, el lugar, la hora, la soledad... Todo coincide y todo se conjura para infundir terror hasta en el alma del más valiente. Don Agustín intentó leer de nuevo la nota que le había citado allí, pero cuando quiso hacerlo vio con asombro que el papel estaba en blanco. El ahorcado comenzó a dar sonoras carcajadas, y Moreto reconoce en él con espanto a su amigo Medinilla, que con los ojos enrojecidos le dice mientras le señala con el dedo:

–¡Fuiste tú! ¡Tú me mataste!

Al amanecer encontraron a Moreto en el suelo presa de un desmayo, y les costó mucho trabajo reconocerle, pues a causa del terror había envejecido varios años en una sola noche.

(Publicado por “toledanista”, en febrero de 2009; [http://eltoledanista.com/print.php?type=A&item\\_id=121](http://eltoledanista.com/print.php?type=A&item_id=121)). Consulta de noviembre de 2012)

### 3. EL PRADO DE LOS AHORCADOS

Cuenta la leyenda que una tarde cualquiera del mes de marzo del año 1500 D. Agustín Moreto y Cabañas cruzaba a paso raudo la plaza de Zocodover en busca de abrigo ante la intensa lluvia que caía sobre el empedrado toledano, reflejando los numerosos edificios que jalonan este típico enclave toledano.

En la ya oscura tarde-noche nuestro personaje se apresuraba a resguardarse bajo el Arco de la Sangre. Se comentaba por la ciudad que era tan rápido con la pluma como hábil con la espada... Tan pronto elaboraba un soneto como desenvainaba su acero toledano con el fin de defender el honor o acabar con la vida de algún desdichado. Cierta fama le venía de sus numerosos éxitos en los duelos, atestiguados por las muescas que en la empuñadura de la espada hacía cada vez que acababa con la vida de un contrincante.

De estos encuentros guardaba nuestro “poeta” sus propios fantasmas y recuerdos, pues como a cualquiera, vuelven a visitarnos cuando menos los esperamos.

En sus pensamientos estaba, cuando un raudo desconocido pasó a su lado depositando en sus manos un sobre cerrado. Fue incapaz de distinguir de quién se trataba, pues tan sólo pudo distinguir un rastro de perfume que le resultó vagamente familiar.

Abrió el sobre con curiosidad y un rastro de temor y en un áspero papel pudo leer:

“Si sois hombre, si os tenéis por caballero, esta noche a las doce en el Prado de los ahorcados, os espero”.

Ni una sola letra más había en el papel que le acababan de entregar... Aún a riesgo de emboscada o de pesada broma, decidió acudir esta misma noche al lugar indicado, bien armado con capa, espada y al menos dos dagas.

La noche ya había caído sobre Toledo. Noche oscura y fría, en la que una llovizna muy fina lo impregnaba todo, como si el río Tajo ascendiera los rodaderos de la ciudad y con una terrible humedad lo invadiera todo.

Decidió adelantarse al menos media hora para inspeccionar el lugar. Llegado al prado indicado en la carta observó que ni un alma viva se dejaba ver a esas horas en aquél lugar maldito... Inmerso en estos pensamientos estaba cuando un leve sonido proveniente de las sombras hizo que desenvainara su espada, aunque nada pudo percibir entre los espesos ramajes.

¡Quién anda ahí! ¡Da la cara si eres hombre y enfréntate a tu destino!

Gritaba más por miedo que por valentía, a algo que levemente se movía entre las ramas. Cuando se aproximó un escalofrío de terror le surcó la columna: un hombre ahorcado se mecía colgando de una rama.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, percibió un movimiento que le dejó totalmente paralizado: el cadáver que pendía de la soga estaba desplazando su brazo derecho, señalando un claro no muy lejano al lugar en el que se encontraban.

De inmediato, atenazado por el terror reconoció el lugar en el que no hace mucho tiempo acabó con la vida de un hombre, con mucha menor destreza que él con la espada. El cadáver le indicaba el lugar donde asesinó a aquella persona, mientras que el terror consumía lentamente su alma.

El cadáver de Agustín fue encontrado varios días después, con el cabello blanquecino y una horrible mueca de terror en el rostro. Nadie supo muy bien cuál fue

el motivo de su muerte, aunque a algunos les llamó la atención la soga solitaria que colgaba de las ramas de un árbol próximo...

(Adaptación libre de la versión original de la leyenda publicada por Fernando Aguilar Carmena, Revista *Toledo* (1926), núm. 230. Accesible en línea en la dirección: <http://www.leyendasdetoledo.com/index.php/leyendas/terror-milagros/5776-el-prado-de-los-ahorcados.html>. Consulta de noviembre de 2012)

**Obras citadas**

- Duque de Estrada, Diego. Ed. Henry Ettinghausen. *Comentarios del desengañado de sí mismo*. Madrid: Castalia, 1982.
- Eguilaz, Luis. *Alarcón. Drama original en tres actos y en verso*. Madrid: Imprenta del Semanario e Ilustración, 1853.
- Entrambasaguas, Joaquín de. *Estudios sobre Lope de Vega*. Madrid: CSIC, 1947.
- Madroñal, Abraham. *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios de siglo XVII*. Madrid: Iberoamericana, 1999.
- . "En los orígenes del capitán Alatriste. Noticia del verdadero Diego Duque de Estrada." En prensa.
- Marañón, Gregorio. "Las academias toledanas en tiempo del Greco." *Papeles de Son Armadans* 1 (1956): 20-23.
- Martín Gamero, Antonio. *Los cigarrales de Toledo*. Toledo: Imprenta y Librería de Severiano López Fando, 1857.
- Moraleda y Esteban, Juan. *Tadiciones de Toledo*. Toledo: Menor hermanos, 1888 (3a ed.).
- Pérez López, José Luis. "Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda." *Criticón* 66 (2002): 41-71.
- Revilla, Manuel-Alcántara García, Pedro. *Principios generales de literatura e historia de la literatura española*. Madrid: Librería de Francisco Iravedra y Antonio Novo, 1877.
- San Juan de la Cruz, Gerardo de. "Nueva luz sobre la familia del insigne poeta toledano Baltasar Elisio de Medinilla y particular sobre su muerte y matador." *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* 3 (1920): 1-21.
- San Román, Francisco de Borja. *Baltasar Elisio de Medinilla con cuatro obras inéditas*. Toledo: Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 1920.
- . "Sobre la muerte de Medinilla." *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* (año 5) 14-15 (1923): 114-16.

**ILUSTRACIONES**

1. Retrato del poeta Baltasar Elisio de Medinilla incluido en el artículo de Ángel Vegue y Goldoni, 'Poetas eucarísticos toledanos. El maestro José de Valdivielso y Baltasar Elisio de Medinilla' en *El Castellano. Diario de información*. Número extraordinario, Corpus de 1928. Toledo 7 de junio, sin paginación. Procedencia y paradero desconocidos.



2. Seminario Pintoresco Español. 24 de junio de 1838. 610-12

sostonida que conviene á una obra larga, no solamente no pertenece á la multitud, sino que exige una reunion de circunstancias esterores que pocas veces se combinarán en la vida.

« Un dulce reposo, tranquilidad de espíritu, silencio de las pasiones, y largas horas consagradas á una misma obra, ; cuán raro es todo esto ! No bastaria ser un Homero; seria menester poder serlo. Por último, miras demasiado ambiciosas, que ninguna relacion tienen ni con las fuerzas ni con los acontecimientos de una existencia, de la que no siempre se dispone, han aniquilado á muchos talentos mas ó menos distinguidos.

« Tambien debemos desconfiar los literatos de las hospitalidades que siembran entre nosotros las críticas de los diferentes partidos. Los Schlegel nada han omitido para hacer de Tieck mi antagonista y enemigo personal. Nuestro afecto es reciproco, pero á pesar nuestro nos han puesto en una falsa posicion. Ideaban los Schlegel fundar una nueva escuela literaria, y por consecuencia suplantarme. Buscaron, pues, un hombre que pesase bastante en la balanza para atraerse la atencion pública, y este fue Tieck que posee sin duda alguna, y yo lo declaro solemnemente, un talento de los mayores, pero que ellos han encaecido con miras de partido. Al susitar semejante rivalidad se engañaron miserablemente los Schlegel, y lo digo con modestia y sin resentimiento alguno. Tan absurdo es nivelarnos á Tieck y á mí, como fuera compararme con Shakspeare. Este último hablaba de sí propio con mucha humildad, y era de una especie superior, que debo respetar y admirar.

« La moda es falaz. Hubo tiempo en que no se veia sobre todas las mesas, en que nada se declamaba ni decia en tertulias, tocadores y academias mas que una sola cosa y esta era la *Urania* de Tieck; y hoy nadie habla de ella. Sucede á menudo que á un ídolo levantado por la moda le profanan y le manchen sus mismos adoradores. Ved á Kotzebue, de quien hoy se dice tanto mal; pues fue de moda en un dia como Iffland, y la moda le mató. Ambos tienen sin embargo su mérito real. En su viage por medio de la

vida, miran, observan y atienden, y comprenden nuestras faltas y necedades. El soplo de la realidad anima á sus producciones, y se encuentra en ellas verdad, fuerza é interés.

« Muchas veces la moda y popularidad llegan á conseguirse mas por los defectos que por el mérito. Mi *Fausto* agradó principalmente por lo vago y oscuro, presentando el encanto de un problema insoluble. La atmósfera sombría de la primera parte fue la que sobre todo sedujo á los lectores. No pretendais investigar demasiado el motivo que me dictó la obra.

« El tal *Fausto* es muy particular; cada una de las escenas que componen la primera parte forma un todo completo, un cuadro aparte. *Gil Blas*, *D. Juan* y aun la *Odisea* se concibieron bajo el mismo principio. La primera parte de que hablo, y por la que se encapricharon proviene de una situacion apasionada y dolorosa al mismo tiempo, y por consiguiente interesante; la segunda descubre un mundo mayor, mas sublime y puro, y menos apasionado. Sin haber vivido y observado algo nadie entenderá el verdadero objeto de *Fausto*.»

Hemos referido con exactitud algunos de los oráculos familiares de aquel venerable viejo cuyo entendimiento sólido y maduro y creador sin esfuerzo alguno, se presentaba tan magestuoso sin violencia y tan grande sin énfasis; totalmente diferente en esto de los genios vulgares. Su tranquila gravedad no es propia de almas tempestuosas y espíritus criticos, de talentos revoltosos, grandes á veces, pero que parten siempre de un principio mezquino de egoismo para juzgar ó agitar el mundo. No se ve en Goethe el zurriago de Lessing, el gracejo de Wieland, ni el grillo ideal de Schiller; no es tampoco el dogma de Schlegel, el culto de Novahi, el meteoro luminoso de Bichter; sino otra cosa tan superiormente pura y elevada, que no se estraña que el ardiente Enrique Heine, al mismo tiempo que se burla del noble patriarca, diga que quedó penetrado de respeto cuando vió por la vez primera al *Júpiter de la inteligencia*.



MORETO.

Tres hombres de aspecto risueño y pulido traje pa- seaban una tarde del mes de agosto de 1630 por la es-

paciosa Vega de Toledo, cuyo nombre conserva todavía el famoso Cristo que como testigo sirvió á una mujer abandonada de su perjuro amante. El mas anciano iba en medio, adornado con la insignia de la orden religiosa de S. Juan, y los cabellos blancos que se rozaban con el cuello de sarga de sus hábitos sacerdotales. Llevaba en la mano un papel que contenia algunos versos, con cuya lectura escitaba la risa de sus alegres compañeros. Eran epigramas del célebre y desgraciado conde de Villamediana, hijo del sabio y esforzado conde de Oñate, dichos agudos de aquel joven que recibió sin duda alguna la muerte no por amar á una reina, sino por tener trato con la querida del rey. Estos epigramas eran asestados contra el duque de Lerma, el conde de Olivares y otros magnates de la época, y si bien su lectura arrancaba exclamaciones de los tres paseantes, ninguno habia dado señales de indignacion. Pero, al llegar á uno, detúvose el que leia, y prorumpió en amargas quejas contra el joven Conde. Decia así el epigrama:

«Cuando el marqués de Malpica,  
Caballero de la llave,  
Con su silencio replica,  
Dice todo cuanto sabe.»

— Voto va!..... exclamó el anciano, el mozalvete se desmanda.

— Vos, don Lope de la Vega Carpio, dijo uno de los acompañadores, que era el poeta Baltasar Elisio de Medinilla, no sois voto en este asunto. Sino hubierais sido secretario y amigo del marques, pudierais hablar de él. En vuestro estado, pareceréis injusto si decís en contra, y buen servidor solo si lo defendéis. Nuestro compañero don Agustín Moreto, que á vuestra derecha va, puede informarnos de lo que en la materia haya, porque como hombre de corte é imparcial, sabe y puede hablar.

— Yo, dijo Morato, no se si tiene razon ó no la tiene Villamediana, pero sé que solo los versos son suyos de sus epigramas, porque los pensamientos suelen ser populares antes que él los encajone en su no muy sonoro metro.

— Ingenioso andais, don Agustín, dijo Lope, pero á fé que si os leo lo que dice de nuestro venerable protector el señor cardenal don Baltasar Moscoso, por mi vida que os haga variar de parecer.

— No hagais tal, que de su eminencia nos veda hablar este traje que vestimos; porque habeis de saber que se compone de sotana estrecha para decirnos que así debemos de tratarnos á nosotros mismos, y de capa ancha para advertirnos que es deber cubrir las faltas ajenas.

— Gústame la esplicacion, replicó Lope, y quisiera que la hubierais tenido presente cuando os pidió vuestro parecer acerca de mi señor el marques de Malpica, el taimado don Baltasar.

Pidió este perdon á sus compañeros por el mal rato que á entrambos habia dado involuntariamente, y continuaron los tres ingenios su agradable paseo. Departiendo iba de comedias y poesías, recordando hermosos versos de Lope, ó agudos conceptos de Moreto, cuando acertó á pasar una cuadrilla de pillos que deteniéndose delante de los literatos, en altisonantes frases y alambicados razonamientos, les pidieron una limosna. Los paseantes no llevaban dinero menudo, y les contestaron la frase vulgar: «Dios los socorra, hermanos.» No hubo de satisfacer esta respuesta, porque un mozo que parecia gefe de la cuadrilla se adelantó con desemboltura y dijo.—Mis reverendos señores, nosotros tenemos hambre y andamos medio desnudos; si sus mercedes no nos socorren, vamos á saltar esta capilla inmediata en donde nada dejaremos

ni siquiera los tapices, si los hay, porque como dice muy bien don Agustín Moreto, en su comedia titulada *La misma conciencia acusa*, no es justo

Que esten los hombres desnudos  
Y las paredes vestidas.—

Al oír tan terribles amenazas, rebuscaron bien los literatos en sus bolsillos, y cada uno sacó una moneda de oro. Lope alargó la suya el primero, y preparábase sus compañeros á recojer la suya, cuando el que llevaba la voz entre aquella chusma, dijo á Moreto.—No guarde vuestra merced esa monedilla, si quiere saber un secreto que le importa mas que tan mínima porcion de oro.

— Un secreto! exclamó Moreto.—

— Un secreto de importancia. Apartaos de tan honrada compañía, y oid:

Hízolo así en efecto Moreto, y el mozo le dijo al oído:—Sabed, señor mio, que don Rodrigo de Alvear ha llegado hoy á Toledo. Si lo quereis ver, tened entendido que no dejará de ir esta tarde, segun su antigua costumbre, á casa del Arcediano de Madrid que vive en la calle nueva, frente á la primer luz de la derecha. Se acostumbra á retirarse despues del toque de ánimas. Suele ir cubierto de una capa parda, y lleva un baston en una mano y una espada en la otra.—

El joven tomó con precipitacion el escudo que pensativo tenia todavía Moreto en su mano, y se retiró con los suyos. Lope de Vega y Medinilla quedáronse asombrados al ver á su amigo tan cabizbajo, y admiráronse de que alguna truanería de pillo pudiera influir tanto en un hombre superior. Trataron por mil medios de distraerle pero todo fue en vano, sin que nada bastase á hacerle revelar el motivo de la distraccion. Por fin, se despidió de ellos antes de la hora acostumbra, dejando á sus compañeros de paseo tan absortos como allijidos.—

## II.

Sentado estaba delante de una mesa en su gabinete don Agustín Moreto, buscando entre sus papeles uno que har-to debía interesarle para tener tan grande ahinco en hallarlo. Por fin dió con él y despues de haberse enjugado las lágrimas que por sus párpados corrian, y haber llevado el precioso papel á sus labios, lo leyó con los ojos del alma, al propio tiempo que con los del rostro. Era una carta de su amorosa madre, la cual tenia la fecha bastante atrasada, y decia así:

«Hijo de mis entrañas, muchas veces me has preguntado, viéndome allijida, la causa de mis pesares, y siempre me he negado á contártela. Cuando notastes que tenian por causa inmediata algunos desvíos y reconveniones de tu padre, suspendióse tu ánimo y lanzóse sin duda alguna en un piélagó de conjeturas que á milagro tendria no fuesen en contra de mi honra. Entonces fue cuando quise tranquilizarte y conservar tu estimacion, que tengo en tanto como tu cariño, lo cual solo podia alcanzar confiadamente francamente la causa de mis angustias. Te ofreci hacerlo así, y hoy que me lo recuerdas, te voy á complacer.»

«Siendo aun muy niña, huérfana y desvalida, me agregué, como no ignoras, á una compañía de comediantes, en donde, á trueque de malos tratos, y sirviendo de objeto de risa á un público siempre descontentadizo, me daban el necesario sustento, y cubrian mis desnudas carnes. Fui creciendo, y paso á paso ganando mas consideraciones, hasta que llegué á ser *dama*, cuyo significado en nuestra profesion conoces. Alcancé bastante crédito, y yo era, segun opinion general, el alma de la comparsa. Un dia que tranquila estaba yo estudiando el papel que me tocaba aquella noche representar, vi entrar en mi

apuesto á un joven muy gallardo cuyos negros ojos clavó en mí. Confieso que me turbó tan noble fisonomía, y no acerté á preguntarle el objeto de su visita. Dijomelo no obstante en breve, y no era otro que el de rogarme le sirviese de medianera en la pretension que hacia de formar parte de nuestra compañía, como galan que era y á mí me pareció. Llamábase Rodrigo de Alvear. Le serví en cuanto pude, y en breve quedé admitido. No tardé mucho en conocer que era yo el objeto de sus atenciones, y fue tal la ternura con que me trató que si no me enamoré de él, al menos lo veía con gusto. Una noche representamos una comedia en la cual debía yo darle una sortija como prenda de eterno amor. Hicelo en efecto, dándole mi mas preciada sortija en cuyo brazo grabado estaba mi nombre. Terminada la funcion, fue á mi cuarto, se echó á mis pies que bañó con sus lágrimas, y me rogó por el amor entrañable que me tenia, le dejase conservar por los días de su vida aquella sortija que en extraño nombre la habia dado. Fueron tales sus súplicas, sus ruegos, sus lágrimas, que no pude menos de ceder, y le dejé la prenda que tanto anhelaba. Pasaron dias y semanas; vanó él con el favor que le habia yo otorgado y otras ligeras preferencias con que le habia distinguido, quiso abusar de mi abandono, á tal punto que me ví precisada á cerrarle las puertas de mi casa y las de mi afecto. Juró él entonces vengarse y lo ejecutó.»

«Un año despues de este suceso, estando Rodrigo de Alvear en Valencia, conoció al que despues fue tu padre y mi esposo. Quisome bien: pagué su amor con el mio, y en breve nos unió para siempre el matrimonio. Fuimos muy felices durante años, interin mi marido ni sentia celos de lo pasado ni los tenia del porvenir; pero Rodrigo vino á turbar nuestra paz, porque hizo alarde de la sortija que sus lágrimas le grangearon, y aun de alguna breve carta mia cuyas palabras interpretaba él y esplicaba á su antojo.»

«Nada mas te digo, y se que tú que conoces el carácter celoso y sombrío de tu padre, adivinarás facilmente cuantos sinsabores he pasado; pero el mayor de todos ha sido, hijo mio, el que tu hayas advertido el desvío de tu padre, nacido no de la liviandad sino de la flaqueza mia.»

Moreto era impetuoso, y estaba entonces en la fuerza de su edad. Amaba á su madre con delirio, y por ahorrarle un minuto de dolor, diera todos los instantes de su vida. Su carácter caballeresco le impelia á la venganza, y su corazon de hijo á arriesgar la existencia por la paz de su madre amada. No bien hubo acabado la lectura de la carta anterior, cuando enjugando las preciosas lágrimas que por su rostro se deslizaban, empuñó su espada, miró su agudo filo, y cubriéndose con una larga y oscura capa, salió de su casa. Dirigióse á la calle nueva á punto que las campanas de la ciudad tocaban á las ánimas, y ocultándose en un sitio retirado donde no pudiese alcanzarle la claridad de algunas luces de devocion que por la calle habia, esperó á don Rodrigo de Alvear, que segun la noticia que conservaba del Cristo de la Vega, no debia tardar en salir de casa del Arcediano. Su corazon estaba preñado de cólera, y sus ojos no ausiaban mas que ver correr la sangre del infame que habia causado la infelicidad de una familia, abusando de una harto disculpable debilidad de mujer.

Media hora haría apenas que Moreto estaba en situacion tan triste, cuando vió salir de casa del Arcediano un hombre cubierto de una capa parda. No dudó que fuese aquel don Rodrigo, pero acercóse mas á él, y advirtió que llevaba baston y espada. Cerciorarse de esta última circunstancia, y avalanzarse á él, fue todo uno. El desconocido se defendió bizarramente, pero don Agustin Moreto iba á vengar un ultraje hecho á su madre, y parecia invencible. Por fin, despues de una terrible refriega, cayó el contrario bañado en su sangre, y cuando Moreto iba á arrancar-

le de la mano la sortija que suponía encontrar, notó que la ronda entraba en aquella calle, y se largó con precipitados pasos. Dirigióse á su casa en donde encontró á Lope de Vega que lo esperaba para hacerle una pregunta literaria. Iba tan turbado que sin reparar en su amigo, se arrojó en un sillón donde permaneció largo rato sin decir palabra ni oír las preguntas reiteradas y amistosas de Lope.

Pocos minutos habian pasado asi, cuando un amigo intimo de Moreto entró precipitadamente en casa de este y dijo que acababa de encontrarse muerto en la calle nueva á Baltasar Elisio de Medinilla.—

— Á quién? — exclamó fuera de sí Moreto.—

— Á Baltasar Elisio de Medinilla.

— Dios mio!.... dijo Moreto, y cayó desmayado.

Lope de Vega entonces le quitó el embozo de la capa, y vió con dolor y asombro una espada teñida en sangre....

Por este hecho se presume que don Agustin Moreto dejó encargado en su testamento enterrasen su cadáver en el *pradillo de los ahorcados*; sin embargo, sus disposiciones últimas no se ejecutaron, y de orden de su hermano don Julian, y del licenciado don Francisco Carrasco Marin, sus albaceas, fue enterrado en la bóveda de san Juan Bautista de Toledo, hoy escuela de Cristo. Murió en 1669 siendo desde 1657 rector del refugio, al lado de cuyo establecimiento está en pie todavia la casa en que moró, y que mandó construir para él su protector el Cardenal Moscoso.

El retrato de don Agustin Moreto, que al frente de este artículo se estampa, puede asegurarse que es el primero de este célebre poeta que ve la luz pública. Es copia del único que existe, consérvale como objeto muy precioso y digno de serlo á todos títulos un caballero muy distinguido de Toledo.

Es de esperar que el tiempo dé á conocer hechos interesantes de este ilustre poeta. O mucho nos equivocamos, ó su vida está enlazada á infinitos sucesos políticos del siglo XVII.

Jacinto de Salas y Quiroga.

## EL MONTE PETER--BOTTE.

Si la estremidad de la punta que representa la lámina no estuviere coronada con una bandera, y no se distinguiesen debajo algunos hombres colgados de trecho en trecho en las escarpaduras, no se creeria posible que se trepara á tal eminencia á menos ser mono á ave. Por mucho tiempo desafió así el monte *Peter-Botte* á los entusiastas, y su cima redonda y pelada, cubierta comunmente por las nieblas, permaneció intacta, burlándose del arrojó de los viajeros. No obstante cuenta la tradicion que un hombre, cuyo nombre lleva, subió á ella sin socorro alguno. Se dice, que habiendo llegado á la estrechez superior de la cima, que se llama *el cuello*, habia fijado por medio de una flecha una cuerda de bastante resistencia para poder sostenerse; pero al volver aquel desdichado de su expedicion se precipitó en las ramblas que rodean al monte y no pudo encontrarse su cadáver.

3. Luis de Equilaz. *Alarcón. Drama original en tres actos y en verso* (Madrid: Imprenta del Semanario e Ilustración, 1853). (Texto completo accesible en línea <http://www30.us.archive.org/details/alarcndramaorigi15720egul>)



4. Vicente Barrantes. *Baladas españolas* (Madrid: Julián Peña, 1853)

A D. LUIS DE EGUILAZ.

LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.

BALADA III.

Misterios del alma son.  
MORETO.

A pasos agigantados,  
leyendo ansioso un papel,  
Moreto cruza por el  
*Pradillo de los ahorcados.*

3

**18 LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.**

Alma viviente ninguna  
viene el silencio á turbar:  
solo el que acaban de ahorcar  
cuelga á la luz de la luna.

Aquella vision le inquieta,  
y reza un credo, que al fin  
es el buen don Agustin  
hombre cristiano y poeta.

Aun doblada la rodilla  
siente de la yerva el roce,  
cuando sonaron las doce  
en el relo de la villa.

En sobresalto cruel  
Moreto se levantó,  
y en torno á mirar volvió,  
y á repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,  
»quien esto escribe, os espera

## BALADA III.

19

» hoy á media noche, fuera  
» de la puerta de Toledo.

« Otro mejor no elegí,  
» porque asegura la gente  
» que vos y yo solamente  
» podemos vernos allí.»

—  
Poniendo mano á la espada,  
aunque mano temblorosa,  
don Agustín dijo: — «¿es cosa  
» de burlas? ¡no está firmada!

«¿Quién me sacó de la villa  
» á este maldito lugar?  
—» Aquí maté á Baltasar  
» Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba  
en su tez color de plomo,  
y su mano sobre el pomo  
con lúgubre son temblaba.

20

## LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.

En vano el embozo cubre  
su faz, que el dolor reviste  
de palidez honda y triste  
como la vid en octubre.

Con máscara engañadora  
cubrir el dolor secreto,  
es doble dolor, Moreto;  
más en secreto se llora.

Aunque la luz á la pena  
es consuelo valadí,  
quien llora dentro de sí  
con su llanto se envenena.

Los ojos tiende adelante  
casi cegados del miedo,  
y vé en el espacio un dedo  
que le señala constante.

Vuelve á otro lado la cara,  
y vé con fiera agonía  
que el ahorcado se movía  
sin que nadie le tocára.

## BALADA III.

21

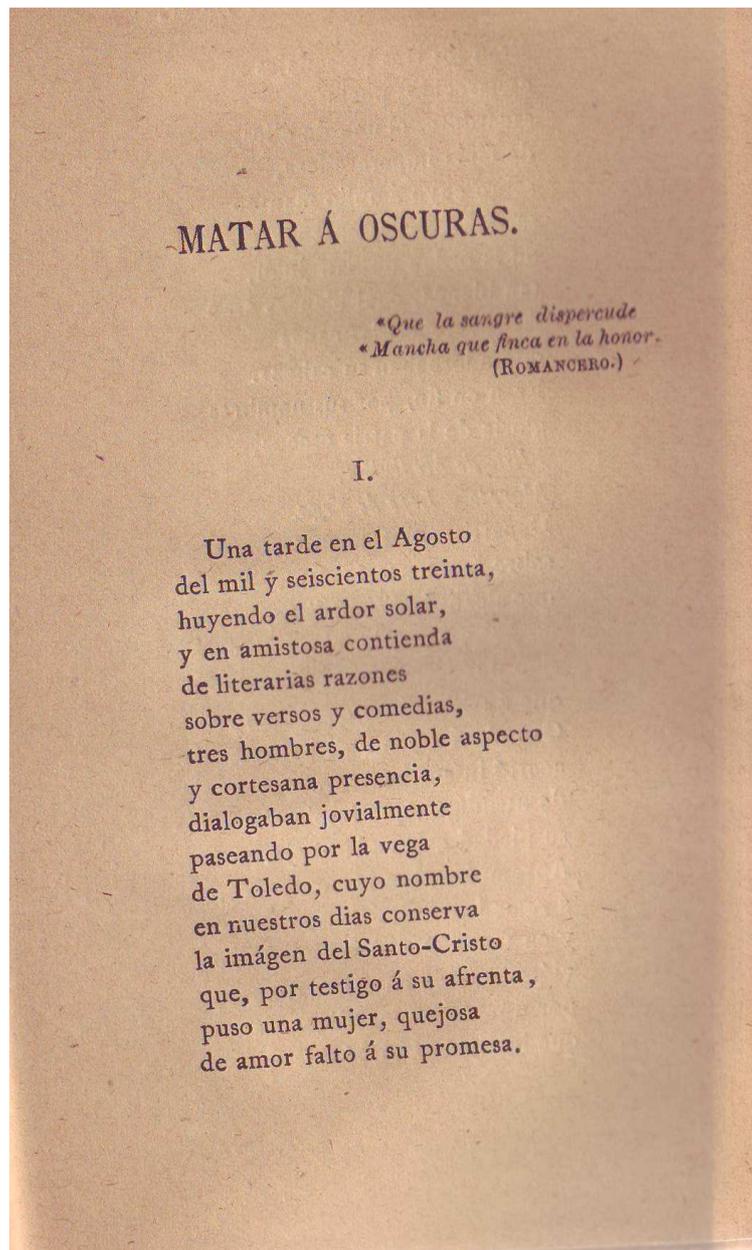
De hinojos y la cabeza  
con el dolor trastornada,  
pega á la cruz de su espada  
los labios, y llora y reza.

Mas cuando á mirar se atreve,  
que un punto domina al miedo,  
siempre le señala el dedo,  
siempre el ahorcado se mueve.

Asi le halló la mañana  
en actitud silenciosa,  
su faz mucho mas rugosa,  
su cabellera mas cana.

Los ojos clava en aquel  
papel que arruga su mano,  
y grita : — ¡ Dios soberano !...  
( Estaba en blanco el papel. )

5. Eduardo Saco. 'Matar a oscuras.' *Novísimo romancero español*, II. Madrid: Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, 1878. 221-29



Eran los tres personajes  
 esclarecidos poetas,  
 sacerdote, el uno de ellos,  
 de fama imperecedera,  
 sobre cuyo amplio manteo  
 se destacaba la enseña  
 de la orden de San Juan,  
 tan blanca, cual blancas eran  
 las reverenciadas canas  
 que adornaban su cabeza.  
 Eran en fin, por sus nombres  
 gloria de la patria escena,  
*Elvino de Medinilla,*  
*Moreto y Lope de Vega.*  
 Departían cortesmente  
 sobre la muerte funesta  
 que alcanzó *Villamediana*,  
 no por amar á la reina  
 sino por secretos tratós  
 que á tristes fines condenan,  
 Cuando á detener su paso  
 acertó infantil caterva  
 de mendigos, que imploraba  
 su piedad en honda queja.  
 Apresuróse Don Lope  
 á remediar su pobreza,  
 y en tanto Don Agustín  
 vióse llamado en reserva  
 por uno de los mendigos  
 que le dijo: «Usarcé sea

«generoso, con quien puede  
 «ofrecerle ocasion cierta  
 «de vengar agravio antiguo  
 «castigando ruin ofensa.»  
 Alargó Don Agustín  
 al mendigo unas monedas  
 y escuchó seguidamente  
 noticia así defunesta:  
 «Don Rodrigo de Alvear  
 «está en Toledo: quien quiera  
 «verle á solas y en silencio,  
 «búsquele en la calle Nueva  
 «después de sonar las nueve;  
 «suele acudir con frecuencia  
 «á casa del Arcediano,  
 «lo demás es cosa vuestra;  
 «sois honrado y sois valiente,  
 «que el cielo os guarde y proteja.»  
 Volvió á los suyos Moreto,  
 encubriendo las siniestras  
 despertadas intenciones  
 y, tranquilo, en apariencia,  
 saludaba á sus amigos  
 y á la ciudad daba vuelta.

## II.

Sentado ante su escritorio,  
 grave, taciturno, sério,  
 buscando entre sus papeles

uno que importa á su objeto,  
 á solas con los rencores  
 de adormecidos recuerdos,  
 está el insigne poeta  
*Don Agustín de Moreto.*  
 De pronto... fija la vista  
 en un mal cerrado pliego,  
 cuya lectura á sus ojos  
 arranca llanto sangriento.  
 Era el papel una carta  
 en la que, pasados tiempos,  
 dábale cuenta su madre  
 del infuero fingimiento  
 con que envenenó su dicha  
 un mal nacido mancebo.  
 «Hijo,—decía el papel,—  
 »á tus súplicas cediendo,  
 »voy á relatarte el caso  
 »que fué causa de mi duelo.  
 »Jóven, huérfana y sin guía,  
 »pasé mis años primeros  
 »representando comedias  
 »en la farsa de Acevedo.  
 »Crecí, y á fuerza de estudio  
 »llegué á merecer el puesto  
 »de *dama*: y en cierta noche  
 »en que á solas y en silencio  
 »repassaba mi papel,  
 »apareció en mi aposento  
 »un jóven solicitando

»que interpusiese mis méritos  
 »en su favor, porque fuese  
 »admitido en nuestro gremio  
 »en calidad de *galán*;  
 »accedí, y logró su empeño.  
 »No pasaron muchos días  
 »sin que me hiciera el objeto  
 »de su galante atención  
 »y amorosos pensamientos.  
 »Algunas noches despues  
 »hicimos un *auto* nuevo,  
 »en el cual le daba yo  
 »en prenda de amor eterno  
 »un anillo; al terminarse,  
 »entró en mi cuarto pidiendo  
 »que le dejase guardar  
 »aquella joya, y sus ruegos  
 »y súplicas fueron tales,  
 »que al cabo consentí en ello.  
 »Vano, y sin duda alentado  
 »por tal favor, creyó el necio  
 »tener ya ganados otros,  
 »y fué tan allá en su yerro,  
 »que víme obligada á huirle  
 »y negarle todo afecto.  
 »Años despues conocí  
 »al que fué tu padre luégo:  
 »quisome bien, yo le quise  
 »y nos unió el lazo eterno.  
 »Reinaba en casa la paz

»cuando, en Valencia viviendo,  
 »apareció el miserable  
 »que á mi honra puso cerco,  
 »y despochado y herido.  
 »de mi entereza y desprecios,  
 »buscó á tu padre y mostróle  
 »la joya de que fué dueño  
 »por cortés debilidad  
 »é inocente asentimiento.  
 »De tal historia, hijo mio,  
 »sabido tienes el resto:  
 »celoso y cruel, tu padre  
 »vengó en mí sus falsos celos,  
 »y fué de entónces mi vida  
 »martirio de ansiado término.  
 »¡Que Dios perdone á Rodrigo  
 »de Alvear su infuero enredo!»

No leyó más: levantóse,  
 guardó en el bolsillo el pliego,  
 colgó del cinto la espada,  
 juntó el embozo al sombrero,  
 y recatado y sombrío,  
 y ardiendo en ira, *Moreto*  
 encaminó el firme paso  
 á la calle Nueva, á tiempo  
 que daban el *toque de ánimas*  
 las campanas de Toledo.

## III.

Triste, solitaria, oscura,  
 sin rumor que la estremezca,  
 ni más luz que la que exhala  
 de carbonizada mecha,  
 farol que alumbra un retablo  
 maltrecho por la inclemencia  
 de nubes y vendavales,  
 hállase la calle Nueva,  
 Frente á la del Arcediano,  
 una casa, tan estrecha  
 como voluntad de rico,  
 ó fortuna de poeta;  
 á los vacilantes rayos  
 de la luz, que se halla cerca,  
 nótese un bulto encajado  
 en el hueco de la puerta.  
 Suenan las nueve, y á poco  
 escúchase que franquean  
 el portal del Arcediano  
 á un hombre que sale, y lleva  
 ancho sombrero de corte,  
 larga espada y capa negra.  
 Muévase al verle salir  
 el que su salida acecha,  
 y cuando le ve alejarse,  
 le sigue, le alcanza, y cierra  
 sin otro aviso con él:

defiéndose con fiereza  
el desecado ofendido,  
mas ¡ay! que á poco da en tierra  
con su cuerpo, y con el alma  
en las regiones eternas.  
Lánzase sobre su víctima  
el matador, cual si fuera  
á reconocer... mas oye  
pasos de gente que llega,  
y en el silencio y las sombras  
deja su venganza envuelta.

## IV.

«¿Vos aquí, Don Agustin...  
»á tal hora y de tal suerte?»  
«¿Qué es ello? ¡Hablad por quien sois!  
—»Dejad, Don Lope, que aliente;  
»que arde en mis venas la sangre  
»y aún la cólera me vence.  
.....  
»¡Horrible caso, señor!  
—»¿Pacheco, que vos sucede?  
—»Desgracia atroz, inaudita;  
»acaban de dar ruin muerte  
»en la calle Nueva...—¿Á quién?...  
»A quien vuestra amistad tiene:  
»¡á Elisio de Medinilla!  
—»¡A Elisio!...—¡Cielos, valedme!»

Y al decir así, Moreto  
cayó desplomado, inerte...

.....  
Quitóle el embozo Lope,  
y presa de horror solemne,  
vió que aún llevaba en la mano,  
tinto en sangre, el hierro alceve (1).

EDUARDO SACO.

(1) En opinion de D. Jacinto de Salas y Quiroga, este hecho motivó la cláusula testamentaria en la que Moreto dispuso que su cuerpo fuese sepultado en el *Pradillo de los horcados*.

6. Javier Soravilla. 'La tragedia de Moreto.' *Toledo, revista semanal de Arte* (año 2) 27 (30 de enero de 1916): 217-18

## LEYENDAS TOLEDANAS

En la angostura de la calleja, a lo lejos, en la mudez de su ambiente, la sombra de la fantasía vaga libre rodeada de esplendores y bellezas, tantas como encierra este pueblo encantado, esta joya grandiosa, que es el pueblo de los artistas, el pueblo de los grandes hombres, el pueblo de la historia española.

Cuna de sus hazañas, templo de sus grandezas, relicario de los ideales de un pueblo noble y de una raza gigante: Blasón de la España hermosa.

Toledo ha sido su alma; aquí han vivido y han obrado los grandes hombres de la patria hispana. Aquí está su historia toda, y por ser ella grande, grandes son sus leyendas, las más preciadas, las más bellas.

El misterio de la tradición, su belleza y su fantasía, es nuestro por entero, y domina en todo el mundo, como compendio absoluto de la fantasía, que en toda nuestra ciudad vaga libre por nuestros callejones laberíntico

### LA TRAGEDIA DE MORETO

#### I

En una tarde de Agosto  
de mil y seiscientos treinta:  
con no muy ligero andar  
y con plática discreta,  
tres caballeros subían  
por la toledana Vega.  
Éranse los tres ingenios  
más célebres de su época:  
Baltasar de Medinilla,  
de musa alegre y resuelta;  
Don Agustín de Moreto,  
maestro de hacer comedias,  
y el monstruoso dramaturgo  
Fray Félix Lope de Vega.  
Éste excitaba la risa  
de sus ilustres colegas...  
leyéndoles epigramas  
agradables e indiscretas  
del mordaz Villamediana  
contra el gran Duque de Lerma,  
Conde-Duque de Olivares,  
y las muy valiosas prendas  
del Arzobispo Moscoso  
buen príncipe de la Iglesia,  
lo cual dió lugar a que,  
entre Medinilla, Vega  
y Moreto, se entablase  
viva y larga controversia,  
la que rematará mal  
si acercádose no hubiera  
un *Rinconete* harapiento  
que adelantando la diestra  
a los tres disputadores  
una limosna pidiera.  
—Socórrale Dios, hermano,  
dijeron los tres poetas;  
pero tal fué lo tenaz  
del vergante, y la insistencia,  
que el bueno de Medinilla  
y el bueno Lope de Vega,  
con tres sueldos respondieron  
a la exigente colecta.  
Al quedarse rezagado

Moreto, la buena pieza  
del pordiosero le dijo  
arrimándose a su oreja:  
—No guarde vuesa merced  
la llave de la gaveta,  
pues un secreto poseo  
que altamente le interesa.  
Así, que apártese luego,  
luego de sus reverencias...  
Lo hizo tal Don Agustín,  
y colocando en la diestra  
del truhán de oro un escudo  
dijo: —Desata la lengua.  
—«Pues sepa vuesa merced  
que este mesma tarde llega  
Don Rodrigo de Alvear...  
a quien sé que ver desea.  
Le ha citado el Arcediano,  
que vive en la calle Nueva,  
frente al primer farolillo  
que hay a la mano derecha.  
Dado el toque de las Ánimas  
(si Dios así lo quisiera),  
Don Rodrigo tornarése,  
no tranquila la conciencia,  
al Mesón del Sevillano  
por ser su posada esa.  
Otroí. El Seor Rodrigo  
se emboza en capa de seda,  
usa en la izquierda bastón,  
desnuda espada en la diestra.»  
Y sin decir más palabra,  
cual venablo de ballesta,  
salió corriendo el truhán  
por las Torres de la Reina.  
Quedó Moreto confuso  
e igual Medinilla y Vega,  
que si osados preguntáronle  
no les fué dada respuesta;  
tornáronle a preguntar  
y la lengua quedó queda.  
Llegados de Valmardón  
a la fatigosa cuesta,  
Don Agustín despidióse  
de sus leales colegas,  
quienes quedaron absortos  
ante semejantes muestras

de misterio y pesadumbre  
del toledano poeta.

#### II

A su aposento llegado  
Don Agustín de Moreto  
sobre el frailuno sillón  
tiró birrete y manteo.  
Sudoroso, jadeante,  
sin poder tomar aliento,  
nervioso, se dirigió  
a un su cercano bargueño,  
en cuya cajonería  
pulsó el botón de un secreto.  
Buscó el rebuscó, y al fin...  
de su afán halló el objeto;  
era una carta, amarilla  
por el transcurso del tiempo,  
que con lágrimas abrió  
y besó con sentimiento...  
—¡Pobre madre de mi alma  
mártir de un mal caballero!...  
dijo, y sentóse; después  
abrió el sobrescrito, y dueño  
de sí mismo, de este modo  
leyó con el alma, aquello:  
«Agustín de mis entrañas:  
Hace ya bastante tiempo  
que continuo me preguntas  
qué causa es la de mis duelos  
para conmigo llorarlos,  
y yo me he negado a hacerlo.  
Hoy que ya me siento vieja,  
por tu amor, rompo el silencio.  
De tu buen padre observaste  
de tu niñez desde el tiempo,  
reconvencción y desvío  
dirigidos a mí, y ello  
fundaron ciertas sospechas  
que tu corazón hirieron...  
tal vez en mi honor pensando  
(¡quién detine el pensamiento!)  
que tu madre dió motivos  
con antiguos devaneos.  
No, hijo querido del alma,  
tu madre, es digna del cielo;  
y he aquí cuál fué el origen

## EXQUISITAS PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

MARCA **P U M** REGISTRADA

DE VENTA EN TODAS PARTES ——— LAS MEJORES

Depósito en Madrid: MANTEQUERÍAS LEONESAS, Nicolás M.° Rivero, 8 y 10.

de mi sufrir, del desdén  
y mal humor de tu padre..  
¡Dios me condene si miento!  
Siendo yo niña, muy niña,  
sin más amparo que el cielo,  
pues en la tierra fui huérfana,  
para vivir, pedí un puesto  
¡por Dios! en la Compañía  
de farsantes en Toledo,  
teniendo la buena suerte  
de ser *damia*, con el tiempo.  
Un día, ¡día fatal!  
en que mi papel leyendo  
estaba, cuando un buen mozo  
(que juzgué buen caballero)  
solicitó de mi influjo  
en mi Compañía puesto,  
lo que logré fácilmente  
por ser yo factora de ello.  
Fue con Rodrigo de Alvear,  
(tal se llamaba el sujeto)  
era tan ducho en amores  
como en el decir despierto,  
por lo que en muy breve plazo  
me hizo de su amor objeto  
y logró *galán* alzarse  
en muy poquísimo tiempo.  
Una noche, ¡noche triste!  
los protagonistas éramos  
de una farsa, y él, debía  
de un mi anillo hacerse dueño  
y el que gozoso ajustóse  
de su siniestra en el dedo.  
Reclaméle mi sortija  
después... y él, con tal empeño  
tanta lágrima y suspiros  
pidióme como recuerdo  
la alhaja, que conmovida,  
de la alhaja le hice dueño,  
sin recordar que mi nombre  
llevaba en su engaste puesto.  
Alvear, pasados días...  
su amor declaróme abierto...  
y un *no*, rotundo, inflexible,  
mereció su atrevimiento.  
Después de un año, en Valencia  
conocí a tu padre, y dueño  
de mi corazón amante  
con aquél caséme luego  
Felices, nos sonrió  
el amor por mucho tiempo,  
hasta que un día... Alvear,  
celoso por mi desdén,  
supo clavar en tu padre

el aguijón de los celos...  
haciendo alarde el malvado  
de llevar sujeto al dedo  
el anillo... con mi nombre,  
causa de todos mis duelos...  
Fue Alvear tan miserable  
cual yo inocente y tú cuerdo.  
Cuando una madre ya es vieja  
permitir no puede el cielo  
¡que el mismo labio que miente  
pueda a un hijo dar un beso!  
.....  
Con calma estoica el poeta  
dobló el apreciado pliego,  
y enjugándose las lágrimas  
le ocultó sobre su pecho  
Vistió su capa de raja,  
caló el airoso chambergo,  
después, la espada ciñóse  
y a la calle se echó luego.

## III

En las torres y espadañas,  
las sus campanas inquietas  
de ánimas daban el toque,  
y cerrábanse las puertas  
de toda casa tranquila  
que en estima se tuviera.  
Con el acero desnudo  
y embozado hasta las cejas,  
llegó iracundo Moreto  
al fin de la calle Nueva;  
paróse ante el farolillo  
del que el truhán le dió señas...  
vigilando ansiosamente  
del Arcediano la puerta.  
No tardó mucho en abrirse  
para dibujarse en ella  
un hombre con capa oscura,  
y de sus remates fuera  
espada y largo bastón  
de reluciente contera.  
—Ese es—dijo Moreto  
Alvear—¡pues que la tierra  
sea con él por menguado,  
y Dios perdón le conceda!  
Esto dicho, abalanzóse  
al encubierto... y tras fiera  
lucha entre ambos combatientes,  
sin que una frase saliera  
de su boca; un ¡Dios me valga!  
se oyó cuando daba en tierra  
uno de los dos rivales,  
ya del cuerpo el alma fuera.

El vencedor inclinóse  
sobre el vencido, y su diestra  
buscó en la rígida mano,  
de oro, la sortija hartera.  
En esto llegó la ronda...  
—¡Por el Rey!, nadie se mueva,  
dijo una voz, y Moreto  
tomó violenta carrera;  
mas como el Refugio estaba  
cerca de la calle Nueva  
llegó pronto a su aposento,  
si bien vengado, con pena,  
que no era Agustín Moreto  
hombre malo y sin conciencia.

.....  
En su estancia le esperaba  
Fray Félix Lope de Vega,  
para hacerle una pregunta  
de literatura acerca.  
Mas tan turbado y sin tino  
en aquella entró el poeta,  
que sin a Don Lope ver  
a su dolor dióle rienda,  
sin escuchar las palabras  
que le dirigió discretas.  
A este punto, fuertes pasos  
oyéronse en la escalera,  
y violento entró en la estancia  
un hombre de baja esfera,  
que pálido y azorado  
dijo con trabada lengua:  
—¡Fray Lope! ¡Don Agustín!  
Permitidme que sin venia  
os interrumpa.

—¿Qué es ello?

respondió Lope de Vega.  
—¡Que a la puerta de mi amo,  
la que da a la calle Nueva,  
acaban de darle muerte  
a Medinilla el poeta!  
¡Dios!, dijo Don Agustín,  
cayendo privado en tierra.  
Al auxiliarle Don Lope,  
vió con horror que la diestra  
de Moreto aún empuñaba  
fuerte, la espada sangrienta  
que imprudente hundió en su amigo  
el Maestro de hacer comedias (1).

Javier Soravilla.

(1) Por este hecho se presume que D. Agustín Moreto dejó encargado en su testamento enterrasen su cadáver en el *Pradillo de los charrados*, no siendolo, sin embargo, sino en la bóveda de San Juan Bautista por orden de su hermano D. Julián y del Licenciado D. Francisco Carrasco Marin.

Para hacer un licor exquisito en casa, cómprese una cajita de

**M A D E L E I N E**

producto exclusivamente vegetal, compuesto de varias hierbas inofensivas.

Con este preparado, sin necesidad de utensilio alguno, se obtienen en casa, empleando únicamente azúcar y alcohol, con muy reducido gasto y gran facilidad, dos botellas de un litro del más exquisito licor, tónico y estomacal, tan agradable como la Chartreuse y otros similares. De venta en Farmacias, Droguerías y colmados.

Caja verde, 1 peseta. Caja amarilla, 0,80 pesetas.

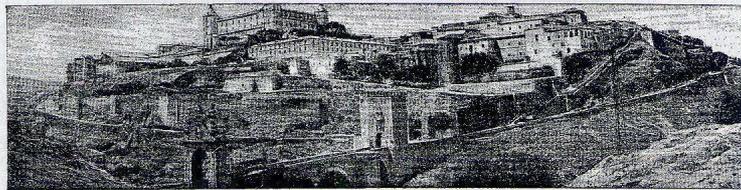
Depósito en Madrid: Ramón Guillem Alfonso, Valverde, 20.

Concesionarios para la venta: Gispert, &, Cortada S. A., Diputación, 282, Barcelona

7. Fernando Aguilar Carmena. 'El Prado de los Ahorcados.' *Toledo, revista de arte* 230 (1926): 1382

1382

«TOLEDO» «REVISTA DE ARTE»



LEYENDAS TOLEDANAS *El Prado de los Ahorcados*

**M**ASEABA con otros hidalgos y caballeros en la plaza de Zocodover por el año 1.500... un hombre que por su traza dejaba adivinar tanto al poeta como al galán. Apoyando la mano sobre la cruz de su espada y con arrogante mirada parecía decir que de la misma manera estaba dispuesto a requerir la tizona que a manejar la pluma: Llamábase Agustín Moreto y Cabañas.

Espesas nubes empezaron a cubrir el horizonte y algunas gotas de agua cayeron, que hicieron retirarse a la mayor parte de los paseantes; disponíase ya a hacer lo mismo el poeta, cuando saliendo de los portales del Cristo de la Sangre se le acercó un embozado, quien sin decir una palabra puso en sus manos cerrada carta. Miróla con curiosidad, y cuando levantó sus ojos hacia el portador, vió con asombro que había desaparecido.

No dió gran importancia a este incidente, y se apresuró a abrir la misiva que de un modo tan misterioso le había sido entregada. «Si no tenéis miedo, acudid esta noche a las doce, al prado de los ahorcados».

Estas pocas palabras contenía el papel, y suspenso quedó un rato D. Agustín temiendo ser objeto de alguna burla, pero como era valiente y audaz, resolvió acudir a la cita que de un modo tan extraño se le daba.

Cerca de las doce, bien embozado en su capa, y en la mano el acero, bajaba por la cuesta del Carmen, que desemboca en el prado de los ahorcados.

Llegó muy pronto a él y vió con disgusto, y no sin receloso pavor, que de la horca pendía un cadáver; quiso retirar

de él sus miradas, pero parecía que de un modo fatal se veía obligado a mirar el cuerpo rígido del muerto.

Moreto que era cristiano, creyó que tal fascinación obra del diablo sería, y descubriendo su cabeza empezó a rezar por el alma del criminal; no bien había terminado su oración, levanta sus ojos que tenía en tierra, y ve con asombro que el muerto se mueve, y extendiendo su brazo le señalaba con el dedo.

Un estremecimiento de terror recorre su cuerpo, gotas de frío sudor bañan su frente y sin poder apartar del muerto sus ojos, siempre ve que se mueve, siempre el dedo le señala.

En aquellas horas de angustia y cuando sin darse cuenta de lo que le pasa, recorre su memoria hechos ha, largos tiempos olvidados, ve que se encuentra en el mismo sitio donde por una fútil querrela, luchó con el poeta Baltasar Elisio de Midinilla.

El sitio, la hora, la soledad, todo se conjura para llenar de pavor el alma mejor templada. Así transcurrieron las de aquella terrible noche; cuando a las primeras luces del amanecer quiso leer de nuevo el papel, vió con asombro que estaba en blanco; una satánica carcajada salió de la garganta del ahorcado.

Cayó al suelo Moreto preso de un desmayo, y cuando le encontraron los magistradores que por aquel sitio pasaban, costóles trabajo reconocerle, pues tenía la faz mucho más rugosa y más cana su cabellera.

Fernando Aguilar Carmena.

Illescas-Abril-1925.